

sus sospechas respecto de todo el mundo, engendradas por supersticiones de todos los días. Cuando no le perseguían, creíase perseguido; y cuando le perseguían, faltábale por completo la cabeza. Ya, en sus fugas continuas, gateaba por los tejados, como el maullador Micifuz en mes de Enero; ya se hundía en las cuevas, como los lobos, símbolos de la muerte. Chupaba mentalmente la sangre, como el aceite las lechuzas. Gustaba de la oscuridad y del abismo, como si no pudiese su vista resistir el sol y su conciencia el cielo. Un carnicero, tan patriota como Legendre, lo escondía muchas veces en su matadero, y allí debía estar en su centro natural, oliendo á la matanza. Como en este mundo todo tiene apolo-gistas y todos tienen amigos, existen los apolo-gistas y los amigos de Marat. Estos dicen que supo la traición de Mirabeau, y hasta su precio; que anunció la fuga de Varennes; que previó los asesinatos del Campo de Marte; que anticipó cuanto de antipatriótico y de traidor debían hacer Dumouriez y Lafayette. No hay que dudarle; pero, quien á todos acusa, debe alguna vez acertar en sus acusaciones respecto de alguno. El proponía que se cortase á trescientos mil franceses en comienzos de la guerra sus cabezas, para que no hubiera necesidad alguna de segar más tarde un millón. El, muy enemigo del Cuerpo legislativo, para el cual no le habían los electores designado, proponía pasear algunas cabezas por el salón en las horas más críticas de los debates, y si estas cabezas pertenecían á legisladores, mejor que mejor. Hasta irritaba el corazón de las mujeres, y quería desde su piedad natural, arrastrarlas al incendio y al asesinato. Un día quiso echar á Lafayette encima todas las furias y brujas de París, diciéndoles: «haced de él un Abelardo.» Había enloquecido por tal modo á las gentes, que tuvo una serie de fanáticos, los cuales iban á las matanzas políticas como pudieran ir los hombres del siglo décimo séptimo á un auto de fe. Cuando una vez lo denunciaron, resultó imposible hallar un fiscal que mantuviese la consiguiente acusación, porque los partidarios de Marat apedreaban á su acusador y á él en triunfo lo llevaban. Y, como no había sino acusar y más acusar; alguna vez se le acababa la materia, y ponía en sus delaciones fantásticos nombres. Por una errata de imprenta, en vez de poner un enemigo suyo en las terribles listas de las matanzas, puso un amigo, y lo mataron. Designó al degüello los académicos de Ciencias porque no le premiaron una Memoria. El terror sembrado por los demás terroristas provenía de las circunstancias; mas el terror sembrado por Marat provenía de su propia perversidad. Azuzaba los sayones contra todo el mundo por el placer de matar, como si fuera la molesta lanceta de cirujano, que le habían dado para curar, afilada segur de la muerte.

Con asesino cual Marat y egoísta cual Robespierre, uno y otro enseñoreados del pueblo parisién, por lo menos de una gran parte del pueblo, ni la revolución podía, como lo pidiera el bien público, en sabias evoluciones convertirse, ni los derechos recién ajustados y las libertades á tanta costa establecidas traer otros frutos que ruínas y guerras, al postre la reacción, atizada también por una corte insensata y unos reyes traidores, como

si el advenimiento del espíritu innovador y las resistencias á ese vital espíritu hubiesen trastornado en todos los ciudadanos el seso. Existían á la sazón, como tantas veces hemos observado en el curso de nuestra Historia, dos parlamentos, uno sin representación legal ni autoridad para establecer legalidad alguna: otro legal. El parlamento legal estaba en los salones del Picadero; y estaba en el salón de los jacobinos el Parlamento extralegal, sobrepuesto al verdadero y legítimo. En la revolución, en sus preparativos, en sus iniciaciones hay que mirar antes de los organismos oficiales aquellos otros organismos espontáneos, asociaciones particularísimas con un carácter bien público y una influencia bien decisiva sobre los acoutedimientos. El salón parlamentario y constitucional de madama Staél; aquellas otras reuniones en el palacio real de la gente lafayetista; el salón de Condorcet consagrado á la filosofía moderna y á la república teórica; los constitucionales rounidos en el convento de los fuldenses y en el convento de los franciscanos el partido dantonista y en el convento de los jacobinos Robespierre, dictador espiritual sobre una gran parte de la conciencia pública, y en el salón de madama Rolland la secta girondina, forman una red espesa de asociaciones, la cual red tiende una sombra por tal modo negra sobre los poderes públicos que los creeríais á todos desaparecidos, ó por lo menos humillados merced á tan pederosos organismos. Y entre todos los centros el mayor, el más influyente, fuera el centro jacobino donde relampageaba, tronaba, fulminaba el omnipotente Robespierre. Maldita idea, idea de inexpertos, idea de locos, idea de gentes llegadas á la gobernación pública sin las necesarias preparaciones y sin conocimiento casi de las verdaderas ciencias políticas, aquella idea que prohibió á los constituyentes sentarse sin excepción alguna en la primer Cámara producida por la Constitución. Si Robespierre, en vez de hablar sobre la tribuna jacobina circuido de los creyentes en su iglesia y pontificado, hablara sobre la tribuna parlamentaria rodeado de contradictores y enemigos, no diera un escándalo, como proclamar los principios anárquicos de indisciplina sustentados por su fría palabra con motivo de las insurrecciones y asonadas soldadescas, los cuales principios me recuerdan aquellos gritos de los diputados pertenecientes á nuestra fugaz Asamblea del setenta y tres, á su extrema izquierda, los cuales vociferaban y gesticulaban pidiendo á las provincias españolas que se levantasen ó apellidando cosa muy santa la indisciplina sin saber que todos los estruendos y tumultos celebrados por sus labios destruían la República y asombraban la libertad. El sombrío Robespierre se despachó entre los jacobinos á su gusto. No hubiera podido hacer lo mismo entre los diputados. Y como protegía con su palabra los indisciplinados del ejército, defendía los resistentes á pagar las contribuciones. Quien ha pasado por cualquier período revolucionario sabe que la materia tributaria ofrece por necesidad, en el quebrantamiento de todos los vínculos sociales y en la debilidad del Estado y en los estremecimientos del suelo y en los efluvios del aire y en los arrebatos del ánimo unas tan extraordinarias dificultades que llegan á matar toda situa-



ción muy exaltada de suyo y muy poco sólida ó estable sobre sus fundamentales cimientos. Cuando la guerra entraba en tales dificultosos empeños y estos empeños pedían dinero tanto; los que debían levantar las cargas públicas, no las levantaban, y el gobierno carecía de los medios necesarios á imponer la disciplina social así en los campamentos como en las plazas. Un patriota, Mechin, propuso ante la terrible adversidad que usara el club jacobino su influencia moral para mover al pago de los impuestos, y dando ejemplo por sí mismo exigiese de sus socios con la papeleta que les acreditaba de tales el recibo acreditando también haber pagado el debido tributo á la patria. Oír esto y revolverse airado Robespierre fué obra de un minuto. El dictador protestó contra el proponente y contra la proposición, diciendo que se podía ser muy patriota y no pagar los impuestos por falta de medios, según lo cual parecía cosa reprobable que fuesen jacobinos los poderosos y no pudieran serlo por tal disposición los pobres. Ignoraba, sin duda ó no quería ver el suspicaz tribuno que los menos dispuestos á pagar la contribución al Estado democrático eran los más ricos, los más reaccionarios.

Y cuando los soldados se indisciplinaban, los contribuyentes no querían pagar, la carestía se iba cebando cada vez más en los artículos de primera necesidad, el hambre se unía con la guerra, devorando al pueblo, la corte conspiraba, los partidos en el Congreso no llegaban á entenderse, la irrupción se dirigía terrible hacia el desfiladero de las Argonas, hablaba Robespierre de sí mismo, con trágico acento, declamatorio tono, éntasis insufrible, comentando palabras incoherentes de Rousseau, respecto á sus alucinaciones como si en lugar de un discurso político, pronunciase un discurso literario en tesis académica. Y todos sus lamentos elegiacos y todas sus lágrimas cocodrilescas y todos sus discursos, no ya por la casa, *pro domo sua*, como Cicerón, por su persona, tendían únicamente á dividir los partidos revolucionarios en las dos sectas, girondina y jacobina, que debían comenzar por combatirse allí, hasta concluir por exterminarse unos á otros en el cadalso, después de haberse calumniado y deshonrado ante la conciencia humana y ante la Historia Universal. Es lo cierto, que aquí empieza, en la primavera del año noventa y dos, la excisión entre ambos partidos y la primer herida mortal abierta en el corazón de la Girondina por sus enemigos innumerables. Brissot, viéndose perdido, pugnó por buscar algún responsable de su ruina, y lanzó la terrible bomba que debió hacer volar al trono, la palabra espantosa donde se hallaba encerrada la República: el Comité austriaco. Cuando seáis víctima de cualquier acusación, proceded por manera tal que no coloquéis las sospechas del lado de los acusadores y de las acusaciones: no se necesitaba que hubiese comité austriaco; la Reina lo era por sí misma y sola. Prenda de unión entre Austria y Francia que revocaba una política de trescientos años, volvió al Austria siempre sus ojos la Reina, creyendo que pueden existir entre los pueblos lazos de parentesco, parecidos á los existentes entre los Reyes. La correspondencia de Antonieta con su madre, María Te-

resa y con sus dos hermanos, José y Leopoldo, con su sobrino carnal Francisco, demuestra que sólo esperaba su salvación de Austria y sólo ponía frenos á las maniobras austriacas, y ante dos consideraciones, ante la consideración de que no favoreciesen á los emigrados y ante la consideración de que no comprometieran su corona y su vida. Por lo demás, era sabido que había en cada corte, con especialidad en Viena, un embajador del Rey constitucional y otro embajador del Rey absoluto, andando los últimos de ceca en colodro y revolviendo Roma con Santiago, por Londres la princesa Lamballe, por todas las cortes europeas el caballero Fersen y ante los emperadores y el Imperio austriacos aquel mismo célebre mayordomo Breteuil, que, vestido de su traje celeste, y cubierto con su gorra de plumas y calzado con sus zapatitos de talones rojos, comunicó al Congreso el mandato de la corona, para que se disolviese, y oyó este fulminante verbo, á cuya electricidad se convirtieron los Estados generales en Asamblea Nacional y se hundió dentro de los abismos la Bastilla: «decid á vuestro amo que nos hemos reunido aquí por los votos del pueblo, y sólo podrán echarnos las bayonetas del ejército.» Pues con la misma inconsciencia que por obedecer al Rey se revolvía contra la nación, con la misma el cuitado iba todos los días al Palacio del Emperador pidiendo la irrupción y traicionando sin quererlo y sin saberlo, á su patria, que no podía separar él en su pensamiento, ni del Rey, ni de la Monarquía. Pero entre los partidos extremos, así de la derecha como de la izquierda, siempre hay una serie tan horrible de términos, que no existe izquierda ninguna, sin su izquierda respectiva, ni derecha, sin su derecha extremada. En la corte de Viena, los más imperialistas no creían bastante reaccionario al Rey legítimo, Luis XVI, y encontrando un tanto liberal á su hermano Provenza, proclamaban la Monarquía del otro hermano, Artois, el más furibundo y más reaccionario entre todos los intransigentes.

Nunca se habló, hasta la primavera del noventa y dos, de comité austriaco en el Congreso, aunque se había mucho acusado á la pobre austriaca, marca puesta sobre su Reina por la propia familia real, por las tías carnales de su marido, llamadas al modo antonomástico las señoras de Francia, y por aquellos dos cuñados, que veían en los hijos de Antonieta obstáculos á la herencia del trono para ellos y sus hijos, calumniándola todos en su indudable fidelidad conyugal, sin presentir que con estas calumnias se deshonraban y se perdían ellos mismos, y perdían la corona espléndida de su vieja e histórica familia. El primero á delatar solemnemente la existencia de un comité austriaco dispuesto al combate con los revolucionarios, al contacto con los realistas, á expedir legiones irruptoras en Francia, el primero á delatar tal misteriosa compañía y su horrible complot, fué nada menos que Carrá, un periodista girondino. Aunque tal convicción de que había una conjura contra Francia estaba en todos los ánimos, no se había concretado de un modo explícito, y por ende no había tomado un cuerpo verdadero y una forma tangible la espantosa delación. Créase que los emigrados trabajaban á una contra Francia; pero aunque se murmuraba esto de los Reyes,



nadie creía en secretas conjuraciones. Carrá no podía presentar su acusación como uno de tantos artículos, cual solían escribirse á diario, sin pruebas, contra la corte, á muerte combatida por los revolucionarios, recelosos, y con fundamento, de una terrible traición. Narró al público todo lo dicho entre murmuraciones y en secreto acerca de la terrible compañía, cuyos manejos misteriosos producían plaga tan patente como la plaga de una invasión extranjera y de un conflicto universal. Para demostrar cuáles eran los miembros de tal alevosa junta, en términos de que nadie pudiera negar su existencia, Carrá citó los nombres propios con toda claridad y contó el papel respectivo que cada uno de cuantos llevaban tales nombres solía desempeñar en la terrible maquinación de perder á Francia. El conde Mercy, espíritu petrificado en las creencias antiguas, carácter mecánico, etiquetero, ceremonioso, embajador de Austria en Viena, y después delegado imperial en Bruselas, tenía el sello y la estampilla de Antonieta para poner á su gusto todas aquellas comunicaciones que creyera convenirle. Mediador entre corte y corte, las cuales aparecían en su culto por lo pasado infalibles é inefables, trazaba los patrones de sus cartas á la Reina, y, aun después de copiadas por ésta como se le dictaban, las corregía de su mano el tan caviloso preceptor. A éste se unía un célebre abate Vermond, nefasto á la memoria de Mirabeau, el que procuró aquella famosa entrevista de Saint Cloud, tan adversa para la soberana del pueblo francés como para el soberano de la tribuna parlamentaria, hombre digno de ser colocado entre aquellos por quienes se dijo: «de mis amigos me libre Dios», amén de Breteuil, un austriaco tan austriaco por amor al Austria de suyo como el conde de Lamark por nacimiento, y unos ministros tan responsables de la ruina universal como Bertrand Montmorin, todos encargados de abrir las puertas del territorio á los austriacos, y las puertas del sepulcro á revolucionarios y á la revolución. Armóse grande algarada en la corte, con especialidad en los Reyes, subsiguendo un resonante mentís á las afirmaciones. Pero Carrá no se mordió la lengua, y dijo que le habían dado aquella noticia tres testigos de mayor excepción, tres diputados: Merlin, Basire, Chavot. El Palacio llamó un funcionario tan devoto suyo como el juez de las Tullerías, y le impelió á requerir, citar y emplazar los tres diputados á su presencia, para que diesen estrecha cuenta de sus palabras como reos de calumnias, que suponían el crimen de público desacato á la Majestad Real. El escándalo en la Cámara, que tenía la inviolabilidad de sus diputados escrita en la Constitución, y el regocijo en la corte al ver los diputados en semejante brete no tuvo límite, produciéndose así un ruido muy dañoso para los dos factores del conflicto terrible: para la Realeza y para el Parlamento.

Este desacato del poder monárquico al poder Parlamentario, provenía de las fuerzas adquiridas por aquél en cuanto vió el ejército de todo un Parlamento vencido en Mons y en Turnay, creyendo se disolvería éste, y montarían los austriacos la guardia en el jardín de las Tullerías después de haber vaciado el Picadero de sus terribles ocupantes. Mucho

era el atrevimiento de la corte; mayor que su atrevimiento el alma de Brissot. Comprendiendo que le pusieran el pie encima sus enemigos, resolvióse á morderlos. Llegaban los últimos días de Mayo cuando más envalentonada estaba la corte, y más las manos se frotaban de gusto viendo los diputados requeridos de calumniadores. Brissot extendió un frío mortal en las ilusiones regias y en los regocijos cortesanos. Vibrando los labios de cólera, tonante arrebató la palabra, inflamando el discurso, mostró al Congreso la verdad exacta de todo lo dicho por Carrá en el periódico. Las conjuras, las intrigas, las cartas llenas de apelaciones á la invasión, el complot eterno para repetir los atentados de Varennes y colocar los Reyes de Francia en la cabeza del ejército destinado á invadir y destrozarse á Francia, el agente secreto de la corte contrastando siempre al embajador público de la Constitución, al cuitado Breteuil en Viena, el ministro francés de Ginebra diciéndose autorizado por el Rey á sentar plaza en el ejército de Artois; todo salió á la colada y todo mostró que los Reyes no cesaban en sus conjuraciones, y que la libertad vivía, entre tales conjuras é intrigas, siempre amenazada de muerte. Por comité austriaco entendía Brissot una cabeza misteriosa de conocida facción reaccionaria, la cual, ora gobernando en nombre del Rey á quien traicionaba, ora dirigiendo tras la cortina y en secreto el Ministerio, sacrificaba los intereses de su nación á los intereses de una familia. En su horror al Austria, el orador derivaba este partido del malhadado convenio de setenta y seis, al cual sirviera como áncora la presencia en Francia y ascenso al trono de Antonieta. Un austriaco, Mercy, dirigía la política reinante sobre Francia en el terrible acto de tomar la Bastilla; un austriaco el mismo Mercy, la dirigía también, según Brissot cuando él hablaba. Era, en su concepto, un misterioso clandestino consejo el comité austriaco, que arrastraba el gobierno francés á su perdición, y malhería el pueblo en sus derechos. Los rasgos característicos del comité, según Brissot, eran: absoluta consagración á los intereses austriacos; nada de Alianzas con Prusia y con Inglaterra, siquier fuesen verdaderamente ventajosas; indulgencia con los emigrados, sin participar de todas sus ideas; propensiones á restablecer las dos Cámaras. Ellos, los infames del comité, desirvieron todos los intereses revolucionarios; inmolaron el pueblo á la familia real; urdieron la liga europea, cuya existencia conocían y negaban; exageraron los principios democráticos para servir mejor á la reacción y mejor engañar á los demócratas; corrompieron una gran parte de los revolucionarios, llamándoles constitucionales, por lo mismo que destrozaban la Constitución; emplearon el abyecto lenguaje de los visires que adoran á los sultanes, y de los esclavos que adoran á los visires; combatieron por poner las colonias bajo la exclusiva dirección y autoridad del Rey, á ver si el absolutismo ultramarino se convertía en absolutismo cismarino; declararon realengo la tierra de Francia como si Luis XVI la poseyese toda entera en calidad de propietario directo; consultaron al Emperador de Austria los proyectos constitucionales que debían someter al Parlamento de Francia; urdieron trata-